

Julio 5 de 1957.

Rubén C. Navarro

Por Manuel LOPEZ PEREZ

—¿Quién es, ¡Oh Musa!, aquel que en el alba, hermana de la madrugada en cuyo seno nació El Ramayana, va despertando con suavidad los juncos de la ribera lacustre adornada de lotos azules? —Es Valmiki, el poeta que canta la luz.

—Dime, ¡Oh Amada Musa!, ¿quién anda por los bosques de la selva deteniendo la corriente de los ríos, encantando a los pájaros y subyugando el instinto bravío de las fieras, al son de su "una concha de tortuga con cuerdas de plata"?

—Ese que con el acento de su voz canora va entreabriendo las selvas silvestres, es Orfeo.

—Dime ahora, Número de mi Patria, ¿quién es el que va por senderos sagrados del Zirate y congrega con su canto a los pájaros de vuelo trémulo como el vibrar de una flecha india?

—Ese es un discípulo del poverello de Asís. Es Fray Martín de Sol que va lanzando al aire embalsamado las estrofas del Himno. Es un poeta.

—Ahora, dime, tú, pueblo de México, tierra michoacana, ¿quién es quel hombre de ojos soñadores, de voz franciscana, de alegría perenne, que partiendo de su villorrio, caserío que envía sus mujeres y sus niños a reflejar su belleza y su inocencia en el lago de Camécuaro, ha bautizado con la luz del alba sus cantos natales, e incansable en su viaje ha recorrido el solar de la Patria y ha medido con sus pasos las tierras amadísimas de la América Hispana?

—Ese de que hablas es Rubén C. Navarro, el poeta de Tangancícuaro. Ha salido a contraponer sus andanzas con las de Peer, el frustraneo personaje de Ibsen: irá por la vida regalando cantos, declarando sus palabras, prodigando a la existencia tributo de lágrimas diamantinas, hasta que un día, "a la luz del crepúsculo de gloria, se le vayan cerrando los ojos y se escape la lira de entre las manos".

o O o

Yo un niño cuando llegó a mi pueblo. Y me maravillaba ver en los banquetes de etiqueta folklórica con que los políticos idean homenajeaban a los diputados de aquellos días y a quienes Rubén acompañaba en ocasiones en que él mismo no era diputado, el poeta decía inimitablemente sus versos, como si no fuera un hombre, sino una fuente inagotable de música verbal que lucía sus prodigiosos iris la imaginación creadora de las voces de Dios".

Así tarde, era yo estudiante en la Universidad Michoacana de Nicolás de Hidalgo, llegó un día el poeta al salón rojo del Seminario de San José, lugar en que Romero Flores congregó a la juventud universitaria para improvisar los programas más inolvidables "sabatinas". De las "Canciones del Villorrio", Torre de Marfil" —sus primeros libros en circulación—, tomó material el sencillo Hiróforo para ponernos en contacto con lo que debe ser, con la vida tal como debió disfrutarse en el mundo nacido, antes de la caída del hombre; para llevarnos por insensatos —ay, fugitivos, que por fugitivos angustiaban a Fausto al del ideal, mundo bello y remoto al cual se llega por las esencias del entusiasmo por los "senderos ocultos" del ensueño. Pude darme cuenta de que Rubén arrastraba con el magnetismo de su arte, una cauda de amores, porque en amores se transpiraba por razón natural, el sentimiento de la mujer— y aquella toda una primavera femenina, botones y rosas se prodigaban en el deslumbramiento de ofrenda— y en amistad se convierte en el hombre espuesta gentil a la dálida generosa de compartir con el artista la ilusión de lo bello, en el misterio de las contemplaciones espirituales. Rubén C. Navarro ha sido el poeta más amado por el pueblo. Si en aquellos días se recitó "Tabernero", "Guarecita de mis amores", "Mi Novia Flor de Anís", muchos años después, —estos estamos viviendo— las barriadas escuchan la música de Tangancícuaro en "Arrullo", y las muchachas y las madres cantan al novio o al hijo lindo: "Cierra esos ojos lindos que tienen sueño, duérmete al arrullo de esta canción—, de esta canción que para que suenes— en todas estas cosas que sueño yo..."

León de los Aldamas apareció otro día Rubén C. Navarro. Me pude ya dedicarle en "El Heraldo del Centro", de Abearca, un artículo de justa alabanza. Aparte de describir las pe-

culiaridades de un poeta, sirviéndome de una hermosa crónica de Emilio Carrere dedicada a pintar el alma de Villaespasa, enfrenté con Lugones la grosera impugnación del materialismo: un poeta es un parásito. No es socialmente útil. Lugones comparó a los poetas con los pájaros que orientan a los viajeros perdidos bajo el palio de las selvas americanas, y les daban fe en la posibilidad de vivir, porque el canto del ave, revela su propia vida y la circunstancia salvadora y propicia de la fuente vecina. Yo evocué —al fin y al cabo el evangelio tal vez consideró a los poetas entre los "pájaros del cielo"— la audaz aventura de las naves colombinas que cambiaron la historia del mundo, y asimismo cambiaron su ruta influyendo en el destino de América al dejarse guiar por "un vuelo de pájaros" hermanado así con el genio de la ambición del nauta intrépido; recordé a aquel romántico poeta de Harlem que escribía sus versos en las cortezas de los árboles, usadas por la parte blanca interior, y las juntaba para guardar el tesoro de sus ternuras para la amada; circunstancia feliz este hacinamiento que originó la reimpresión de escrituras que conocida por Gutenberg, vio en ella el mensaje de luz que le inspiró el invento inmortal de la Imprenta!

Gestos inútiles, llama Lecomte de Nouy a aquellos que engendran el arte. La necesidad inspiró los útiles, los instrumentos de lucha y defensa, pero el día que el primitivo quiso grabar en su caverna el recuerdo del reno que escapó a su asedio, el día en que el hombre del bosque quiso llevar en la cacha de su cuchillo el trazo de buril que para nada servía satisfaciendo las exigencias de la vida ordinaria, ese día nació el arte. Y desde entonces ha influido sobre la historia, en la misma proporción que cualquiera otra causa. El juego desarrolla con cierto aspecto de inutilidad, el arte deleita sin pedir nada y sin agotarse, la caridad-Amor-salva, y el amante trastorna todos los cálculos de un economista, porque todo amante se convierte en dónde, sin afán ni mínimo siquiera, de adquisición, y sin el sentido de poseer lo externo, ni mucho menos el valor del mercado, sin el sentido de estimar valores semejantes, qué ley económica puede comprender esta actitud que llega a hacer del hombre un ser único y milagroso? Si gracias al desinterés del niño que juega, del artista que deleita, del caritativo que salva, es que el mundo todavía es digno de habitarse, y basta para estimar el cuadro opuesto suprimir al niño, al artista, y al amante, declaremos, proclamemos el reino espiritual del infante, adoptemos la exelso munificencia del poeta, acatemos los imperativos del amante. Seamos, en una palabra, como Jesús de Nazareth: amantes, niños y poetas.

o O o

Al saber que Rubén C. Navarro está internado en el Hospital Militar, Sala de Urología, la Generación 1926-31 a que pertenece como universitario michoacano, el viejo Ateneo Netzahualcóyotl en el que figuraron los poetas Agustín Arrojo Ch., Jesús Romero Flores, Cayetano Andrade, etc., hemos decidido llevar a cabo un acto Nacional de homenaje al poeta yacente ahora en el lecho que le propició el señor Presidente de la República. Queremos que se le dedique una HORA NACIONAL y estamos seguros de tener éxito en las gestiones que hacemos ante el C. Secretario de Gobernación; queremos que la Secretaría de Educación Pública, en manos del casi paisano licenciado José Angel Ceniceros, escritor y poeta y jurista que ha honrado a México escribiendo sobre Martí y sobre temas de su especialidad, le edite un libro al bardo de Tangancícuaro; queremos que los escritores como Luis Garrido, catadores de las mieles del arte, le dediquen sus páginas de aliento y justicia; deseamos que el Gobierno de Michoacán decrete un día escolar con programas que informen a los niños de lo que es un poeta, quién es Rubén C. Navarro, y que les den a conocer los finos poemas del autor de "La Divina Locura"; queremos que las Organizaciones de Trabajadores Michoacanos, la Universidad de San Nicolás de Hidalgo, la Escuela Normal de Morelia, los Ayuntamientos, y al frente de todos el joven gobernador Franco Rodríguez, hagan acopio de medallas, diplomas, galardones en general, para ofrecerlos al que llevó por todas las tierras de América, el nombre de México y la Patria chica, envuelto en el aroma de nuestros bosques aztecas y tarascos y consiguio para nosotros el cariño de Gabriela Mistral, y de los selectos corazones que palpitaban en esta América suriana "que reza a Jesucristo y habla en español".

48
Pág 53